

# Pastorcita Soluna

Alvaro Amaya



Image not found.

# Capítulo 1

## **Pastorcita Soluna**

### Cuento

Bajo el vasto cielo cuajado de cúmulos plateados que apresurados y sin frenos cabalgan la comba celeste, gracias a la libertad que al viento animan las bajas montañas que en llanos se convierten al norte y debajo del perezoso y concéntrico vuelo de zopilotes, cuyo vértice señala la blanca campiña calcárea que en el recodo de su río acuna plácidamente al pueblo que se llama Ciudad Darío, hace ya años que en el sopor de su seco calor, trabaja la Pastorcita Soluna.

Esa Pastorcita Soluna, la que ya nunca volvió a pensar desde cuándo, su letárgica y amodorrada vida la seguía viviendo del mismo modo indiferente con el que veía la bruma del aire, la luna que rápida, repetida se llenaba y se vaciaba, a las agresivas lluvias de los inviernos cortos y profusos, a los aburridos perros vagabundos, a la misma gente que siempre se encontraba en la calle, a las caras de los niños que ante ella se renovaban un año tras otro, la misma Pastorcita que ya no se acordaba de la última vez que se sintió atrapada por la vergüenza al darse cuenta que hacía bastante tiempo que no los determinaba, que había dejado de diferenciar sus rasgos individuales a pesar que cuando empezó, amó ser maestra, que se llamaba Pastora Soluna pero que ya no pastoreaba nada bajo el sol ni bajo la luna.

Mujer de belleza virginal como madona del renacimiento, tersa su piel clara, de alta, delgada y triste figura de soñadora expresión, mi maestra de primaria, la que a sus 28 años cargaba el peso de la tristeza que como apretado musgo el tiempo le había criado encima y que la había hecho creer que de nada servía ser inteligente ni bonita porque hacía años que repetitivamente, solo impartía clases para regresar al medio día a la casa de huéspedes donde vivía, para almorzar y salir de nuevo a la vacía calle hacia el colegio San Antonio, para regresar a las cinco de la tarde a corregir tareas, calificar exámenes y preparar la próxima clase hasta darse cuenta que era la hora de dormir porque se había consumido la vela con la que trabajaba y que encendía cuando la luz eléctrica del pueblo se apagaba y mañana otra vez, otra vez y otra vez a lo mismo, porque en esa Ciudad Darío de alargados y calientes veranos, de tibios vientos y chirriantes chicharras veraneras, se le había deshilado el tiempo hasta que sin darse cuenta, casa, calles y los conocidos de siempre, estaban convertidos en fantasmas perdidos entre los reflejos del blanco suelo de cegadoras y calcáreas piedras y en donde no existía un hombre de su edad, de la densidad de su madurez ni de su nivel de entender las cosas, hasta que Dios se apiadó de ella porque desde algún clandestino hospital, pálido, renqueante y desvencijado, Nicho Pastora regresó a la casa de su

vieja y siempre acongojada madre.

Su viril presencia de treinta y cinco años lo definían como el hombre maduro esperado por la Pastorcita, pero Nicho estaba atrapado en dos adicciones, en dos amores nefastos para la tranquila existencia de cualquier persona que eran la revolución y el licor que le llenaban la vida, la primera que se la cargaba de sueños, ansiedades, miedos y emociones y el segundo que momentáneamente se las apagaba pero que le habían negado la posibilidad de amar a una mujer, hasta que en esa convalecencia de sus recurrentes regresos para recuperarse de las últimas heridas que había y le habían infligido y que solo lo preparaba para el próximo asalto, el nuevo ataque a otro cuartel de la dictadura en los que siempre esperaba que lo atraparan porque de la cárcel sí se salía para proseguir con su clandestina existencia, esa vez sin poder imaginarlo y a traición, experimentó el ataque inesperado de un enemigo desconocido, porque fue la vez que vio a esa maestra, a la Pastorcita Soluna que le mandó su mente para otros lados, a otras cosas que nunca antes se había planteado, la vez que sintió que algo lo empujaba a la vez lo reprimía, que lo alegraba y asustaba y que lo hizo imaginar que tal vez podría ser ella la que pudiera sustituir el licor que le anesthesiaba sus miedos y sus angustias y la vez cuando de lejos y ya definitivo y sin decirle nada se enamoró de ella, supo que había agregado otro grueso conflicto a los que ya tenía porque se dio cuenta que sus otros amores, sus otras adicciones habían sido tan terriblemente posesivas, celosas, excluyentes y demandantes, que hasta ahora le habían logrado ocultar la existencia de este otro amor que afuera descubría y que por dentro lo dislocaba.

Y cuando por fin se vieron de cerca, la Pastorcita Soluna supo que por alguien como él podría abandonar su soledad sin esperanzas y Nicho vio que ella era la vida que siempre debió tener, la misma que la de su fallecido padre, resumida en una cama caliente con el cuerpo de una cálida mujer a la que siempre se debía regresar y después del largo silencio con que la quedó viendo, se dio cuenta que no solo era una mujer, que la Pastorcita era lo que no había vivido porque la única vida que conocía se la había entregado a la revolución y a la rabia que lo abrasaba desde adolescente, la que siempre sintió contra el maldito dictador que había asesinado a su padre y por sus propias experiencias, en el rostro de ella identificó la tristeza que profundiza la espera, la de esperar siempre que conocía muy bien pero que adivinaba que a ella ya la había arrumbado a ese límite de la desesperanza en el que ya no se puede postergar más y se deben abrir los brazos para entregarse a sentir, para abandonarse a darlo todo, para entregarse al umbral de otras nuevas esperas que sacian cuando se recupera lo vaciado pero para vaciarse de nuevo para hacer vivible seguir viviendo.

Nicho no se equivocaba porque la Pastorcita ya había adelantado paso al dintel del vacío porque ya había decidido no volver a dar nada nunca más a nadie, para quedarse sepultada en corregir exámenes, preparar clases y

dictarlas, sin buscar ya nada más en los ojos de otros, ni siquiera en los de sus alumnos para volver todas las noches a su cuarto para mirarse en el espejo y ver cómo a esas dos, a la de afuera y a la de adentro, se les morían las hormonas en la tristeza desolada de no haber atesorado los recuerdos que retornan para hacer vivir de nuevo, porque para ella sólo quedaba aferrarse a las mezquinas noches de sus sueños húmedos que por la mañana la hacían llorar, por saber que su vida era para nada ni para nadie, solo para cobrar su cheque cada treinta días y enviar dinero a su casa que ya no era la de ella y a la que nunca regresaría y sin guardar nada para ella porque ya no quería nada, porque estaba segura que a ella solo le quedaba la pesada inercia de esas aulas en donde seguirían desfilando niños que tendrían una vida igual a la de ella, sin esperanzas ni alegrías y sin los amores que la iban secando físicamente, porque había arribado al punto en el que ni siquiera esperaba volver a esperar.

Detrás del placer de verla, Nicho la pensó como la que tal vez fuera la que le importara que no muriera y que le llegara la paz, la que estuviera con él cuando planeara los ataques a las patrullas de la guardia o a los alejados cuarteles de la dictadura en los que la causa se abastecía de uniformes, armas, municiones para poder aceptar a los nuevos que querían combatir, ¿Pero qué sería de ella cuando tuviera que apaciguar sus destrozados regresos? ¿Qué vida le daría? ¿Cómo sería la de él con la de ella a sus espaldas? ¿Podría ella calmar sus miedos y sus angustias como el licor que se las ahogaba?... y entre la dulzura con que lo que entendía, una tristeza lo invadía porque sabía que la vida triste de la Pastorcita era mejor que a la que él la arrastraría y en sus ojos enamorados, la Pastorcita también le descubrió a Nicho el mismo cansancio de esperar, el de la llegada al final del camino de dos desahuciados pero pensó que por lo menos en él todavía quedaba adrenalina y la pasión que a ella se le había escurrido entre sus esperas. ¿Qué podrían hacer con eso? ¿Qué se podría construir? pero con la convicción que su espera había terminado, despertó, escapó de su letargo, dio un salto al vacío y lanzó su corazón al azar esperando que se lo ganara el amor, porque la Pastorcita Soluna decidió que su suerte con la de Nicho, en adelante serían la misma.

Y después cuando Nicho ya se había recuperado de sus roturas, salía a tomar licor con sus amigos y cuando la borrachera lo atrapaba, salía a la calle a gritar como loco - ¡Muera Somoza! -, porque el licor le afluaba la pasión de su fijación política y los soldados del cuartel llegaba por él porque no podían permitir que malos ejemplos empujaran a otros a hacer lo mismo y porque no querían perder el orden público por culpa de un borracho enloquecido de política y lo golpeaban y barrían las calles con él entre golpes y retorcidas cuando lo colgaban entre cuatro soldados o lo arrastraban entre las piedras de las calle para ponerlo preso en el cuartel, sólo para liberarlo con una multa al día siguiente que le pasaba la borrachera y cuando en la calle por primera vez se encontró con ese espectáculo, a la Pastorcita la atravesó un puñal de dolor y se volteó de cara a la pared para no ver, para no oír, para no sentir, para no estar allí,

pero fue la vez que Nicho se dio cuenta que ella estaba sí estaba allí y entonces se calmó, dejó de gritar, abatió la cabeza y dócilmente se dejó conducir a la bartolina.

Pero la siguiente vez, la Pastorcita al no poder soportar ver los golpes que los guardias le propinaban, intervino poniéndose frente a ellos, y silenciosa y estática, sólo les mostró su triste rostro de madona adolorida y los guardias sorprendidos de sus negros ojos convertidos en dos carbones brillantes de cuajados lagrimones que resistían desbordarse, se lo entregaron y se fueron dejándolos a los dos solos en el centro de la calle de reflejos blancos, ante la mirada de todos que de golpe comprendieron lo que entre ellos pasaba y la Pastorcita lo levantó, lo llevó al consultorio del Doctor Narváez para que lo curara y desde entonces Nicho Pastora no volvió a emborracharse y dejó de salir a gritar muera Somoza en las calles, pero después la Pastorcita hubiera preferido que eso siguiera pasando y que no le hubiera contado a lo que se dedicaba porque las esperanzas y el amor se le revolvieron con el miedo y el terror, pero eso la hizo revivir y la hizo volver a sentir aunque fuera dolor porque a partir que lo supo, se le veía fuerza y decisión en la cara y se volvió más comunicativa con todos, hasta la vez que nosotros en el aula por fin la vimos reír y nosotros también reímos contentos porque todos estábamos enamorados de ella y fantaseábamos con que nos besara en la boca con esa su linda boquita roja que nunca pintaba y que se le ponía más roja cuando sobre ellos pasaba su húmeda lengüita.

Tantos en casa que mi madre no sabía a quién tocaba darle monedas para que llevara alguna golosina al colegio pero a veces me tocaba y lo mismo pasaba con mis compañeros que a veces las llevaban y compartían con sus allegados y otras veces solo veíamos que otros las comían y allí empezaron las compincherías a fin de que poder disfrutar las de los otros, hasta que llegó la vez en la que con el alma torcida, le dije a Andrés Torres mi compañero de pupitre,

- Traigo un gran pedazo de dulce de caña de azúcar, nos lo comeremos juntos en el recreo -.

Antes de entrar a clase había envuelto una dura y negra piedra que encontré en la calle en un trozo de papel periódico que metí en mi bolsillo con la idea de hacerle una broma.

Y Andrés desde el inicio de la clase,

- Dame a morder un pedazo -, me dijo,

- No, hasta en el recreo -, le decía yo y él insistía en que le diera a morder un pedazo.

- No, ya te dije que no -,

- Que no, en el recreo -, le repetía, y yo que no, que no pero el insistía hasta que taimado, perverso, oscuro y retorcido, le dije,

- Está bueno pues, pero esperá que la Pastorcita no nos vea -.

Le pedí que en un descuido de la Pastorcita se agachara y solo descubrí un pedazo del envoltorio sin soltarlo y Andrés se fue con toda el alma a morder y en ese momento gritó, se llevó la mano la boca y la sangre brotó profusa porque se había roto un diente y herido las encías y se armó un alboroto que obligó a suspender las clase y con los descontrolados gritos de Andrés, de las otras aulas se salieron los alumnos sin hacer caso a sus maestras, creyendo que pasaba algún asunto de grave peligro.

El escándalo llevó al aula al padre Santi el director y entre mi confundida sorpresa y temor por lo inesperado que había pasado y sin que por el susto me doliera, el padre gigantón me levantó de mi asiento por la oreja y me puso de cara contra la esquina de la pared y furioso le dijo a la maestra que todo el día debía permanecer allí de pie y con eso mi maestra la Pastorcita también fue castigada porque debía supervisarle y quedarse al medio día porque el castigo incluía que no almorzara y cuando todos se fueron al medio día, yo seguía de pie en esa esquina llorando más de asustado que de arrepentido y mi maestra se sentó en su escritorio y en ese pesado silencio no sabía lo que estaba haciendo porque estaba de espaldas y hasta que regresó me di cuenta que había salido a comprar algo para comer porque cerró puertas y ventanas, me tomó de la mano y contra las reglas y sin decir nada, me sentó en un pupitre, me dio un pan con algo y se sentó a comer su pedazo frente a mí.

- ¿Por qué le dio esa trompada a Andrés? -, me pregunto con su triste seriedad exenta de juicios y la quedé viendo sin decir nada.

- ¿Qué le hizo él para que le rompiera su diente? -, volvió a preguntar.

- No, yo no le pegué -, le respondí.

Cuando arqueó sus cejas poniendo en duda lo que le había dicho, le mostré la piedra que todavía tenía sangre en el papel.

- Él la mordió -, le dije solamente bajando la vista.

Cuando comprendió lo ocurrido no pudo reprimir una carcajada que le salió con ganas desde su propio centro y me dijo que se lo merecía por alagartado pero que eso había estado mal y que me disculpara con Andrés y en dos años, esa fue la primera vez que le vi su risa y que hablé con mi maestra de cosas que no fueran de las clases ni de las tareas que debíamos de llevar todos los días, solo que después, otra vez melancólica

se sentó en su escritorio viendo hacia el patio de los recreos y se quedó estática con su apagada cara de siempre sin decir nada más y hasta las dos de la tarde que oí al primero compañero que regresaba para las clases, me levanté de prisa y corrí a ponerme de pie frente a la esquina que hacían las paredes.

La Pastorcita nunca contó lo de la piedra ni que había boicoteado mi castigo y compartir ese secreto me empujó a estar en su cercanía hasta que accedió que le llevara libros y cuadernos a su casa en donde me invitaba a tomar refrescos y a que la acompañara mientras revisaba papeles, pero su modo no era tanto de hablar sino de sonreír poquito o de estar tranquila y relajada cerca de uno y con eso uno sentía que ya no quería más, que era suficiente porque con ella no se necesitaba que se dijeran cosas para sentirse bien y disfrutar mutuamente porque eso era un hecho que su modo confirmaba y en esos días fue que la gente la vio levantando del suelo a Nicho Pastora y que apoyado en ella, por el centro de la calle y como en procesión de dolorosa y crucificado, caminaron varias cuadras hasta la clínica y que en el pueblo como ruidosa bandada de palomas que levantan vuelo, reventaron las habladurías dando por un hecho que estaban enamorados o que tal vez ya eran amantes y como yo vivía a media cuadra del cuartel, que ni pintiparado y sin que ella me lo pidiera, yo le serviría para avisarle si apresaban a Nicho de nuevo.

Para tenerlo cerca y si lo hubiera sabido, la Pastorcita habría preferido que a cada rato se lo llevaran y lo golpearan para que viviera siempre en la mascarada del sempiterno estudiante borrachito loco, opositor con el que encubría su clandestinidad pero eso hubiera sido bueno que pasara cuando de eso ella nada sabía, porque antes que lo supiera, la Pastorcita se quedaba estática y su mirada era perdida porque ni afuera ni adentro tenía nada para ver, pero ahora era diferente, ahora parecía que la fijaba en algo que solo ella veía, que la preocupaba pero que también la hacía sonrojarse y sonreír.

- Que te está viendo -, decía Andrés y yo,

- Que no, que no -, le contestaba,

- Baboso, cobarde, comemierda no seás marica, mirála, no seás burro pendejo -, mirála y cuando la vi me di cuenta que era cierto, que la Gilma Porres me miraba con sus ojotes medio verdes, medio amarillos y con su piel de espanto de tan blanca, flaca y pecosa, con su pelirrojo mechón siempre caído sobre la cara, su piel pecosa a veces rosada que se ponía roja cuando corría durante el recreo y cuando varias veces la volví a ver, me enojé porque la necia me seguía mirando y le saqué la lengua pero en vez de enojarse me sonrió y Andrés,

- Que sos un caballo, bruto, animal, comemierda, así nunca vas a poder tener mujer -, y con eso yo me puse rojo porque no supe qué decir y

burlándose, Andrés se carcajeaba y me señalaba y empezó a cantar una su tonadilla en voz alta para que todos oyeran,

- Jacinto está enamorado, que está enamorado de la Gilma -, y los otros también me señalaban y se reían y esa vez sí que fue cierto que le di una trompada.

- Estúpido, desgraciado, muertodehambre, maldito diente quebrado, le grité -, pero él solo se siguió riendo y burlándose y durante todo un mes, yo huía cuando la Gilma se acercaba porque,

- Está enamorado, está enamorado -, ya era como un apodo que todos me decían cuando me encontraban y yo no sólo me avergonzaba sino que me enfurecía hasta llorar pero nada podía hacer.

Cuando la Pastorcita se dio cuenta de lo que pasaba, la tarde que entré a su casa me preguntó,

- Lo enoja porque eso es mentira, ¿Verdad? -,

- ¡No! Ella no me gusta, ¡Ella es fea! -, le respondí.

La Pastorcita levantó mi cara con sus manos y me dijo,

- Jacinto, usted está equivocado, ¡Gilma es la niña más bonita de toda la clase! -,

Y como no le dijera nada, prosiguió,

- Lo más normal sería que le gustara -.

- ¿Y qué es lo que uno debe hacer cuando a uno le gusta una niña? -, le pregunté.

Me quedo viendo con esa su negrísima mirada y su boquita roja se estiró en una sonrisa y como quien hace una travesura me dijo,

- ¡Nada! Eso es solo para tenerlo adentro de uno como un secreto que de tan bonito, a uno lo hace reír cada vez que se acuerda -, me dijo con cara feliz.

La quedé viendo sin comprender y entonces agregó,

- Lo importante es que los hombres se enamoran de las mujeres, eso es lo normal, Jacinto, no debe avergonzarse por eso -, me dijo poniendo un dedo en mi barbilla y entonces cometió su gran error porque me besó en la frente y de quien más me enamoré fue de ella y no me lavé la cara en varios días y en la noche soñaba con ese beso que me quemaba y que

debía mantener en un secreto tan bonito que me hacía reír solito cuando lo recordaba y la Gilma se podría ir mil veces al chorizo o seguir viéndome todo lo que quisiera porque no era ella la que me importaba y cuando todos vieron que ya no me importaba acercarme a platicar con ella, dejaron de repetir la cancioncita esa de que, - Está enamorado, Jacinto está enamorado -.

Pero no supe si lo hizo lo que pasó o por algo que a mí me salió de adentro, porque cuando la Gilma estaba con su grupo de amigas todas me quedaban viendo y algunas la empujaban para que viniera conmigo y yo vi que en su cara solo había una enrojecida vergüenza pero no de la que enfurece, sino una que la hacía reír y con eso me mandó a decir que algo más había en ella que me hizo verla de otro modo y desde allí, ella ya no fue la iguana parada que le decíamos por seca y flaca y ya no la vi como espanto de piel blancuzca y esa noche en mi cama la pensaba, le pensaba su carnosa boquita roja porque tenía la forma de la de la Pastorcita pero sobre todo, sus ojos y no por su color, sino porque me miraban como si me quisieran tener adentro, como si me quisieran tragar y supe que el mierda del Andrés tenía razón, que era cierto que desde hacía tiempo la Gilma me miraba, que siempre me había mirado y en la mañana al despertar, me sorprendió tener tan claros sus ojos en mi cabeza y cuando llegué al colegio y me acerqué, me di cuenta que la seguridad y la tranquilidad se me habían cuarteado y solo la pude quedar viendo sin decirle nada y eso la puso roja y a mi pálido, casi amarillo porque de adentro me salió un algo que quien sabe qué era y me quedé sin saber qué hacer ni qué decir y sólo supe que se me alocaba el pecho y la respiración y nos dimos cuenta que ante eso que nos había hecho piedras, lo mejor era que nos separáramos y que nos alejáramos de allí.

A las cuatro de la tarde que salíamos del colegio, pasábamos frente a mi casa y solo con eso, en el caluroso pueblo aplastado a silencios, mi madre sabía que estaba con mi maestra y la tranquila Pastorcita ahora nerviosa, se agitaba preparando algún bocadillo para cenar, corregía a prisa las tareas y preparaba rápido clases porque un poquito antes de las siete de la noche, siempre antes que encendieran las luces del pueblo, se oía un silbido en la oscuridad de la calle y cabalmente antes que tocaran, la Pastorcita corría a abrir la puerta y Nicho entraba y se tomaban de las manos, él le besaba las mejillas y nos sentábamos los tres a las mesa de trabajo y al principio, al igual que los guardias, yo también quería matarlo pero después me di cuenta que pensar en la Gilma me había desaparecido lo que sentía por la Pastorcita.

Tardé bastante tiempo en darme cuenta que ella me alcaheteaba con bocaditos y dulces para que no me fuera porque no quería quedarse sola con Nicho y Nicho entendió que si se quedaba solo con ella le iba a dañar su reputación y la vez que oí esa palabra con la que ella se lo explicó, estuve seguro que el daño que ella iba a sufrir estaba en la mala palabra que estaba adentro de esa palabra y aprendí que una hora después,

cuando Chicho decía, - Ya es tarde -, yo debía levantarme porque en el tiempo que llegaba a la puerta de la calle, se besaban en la boca y yo pensaba que eso debía hacerlo con la Gilma y Nicho salía nervioso, alterado pero sonriente, me tomaba de la mano y me acompañaba hasta mi casa caminando rápido en la oscuridad de cada una de esas cuadras que terminaba en la rueda amarilla que los postes marcaban en el suelo, con la escuálida y miserable luz de un anémico bombillo que no alumbraba más allá de las esquinas.

- No le he dicho nada, nunca lo haría pero creo que debería contarle a Nicho lo que le ha pasado en el colegio, entre hombres tal vez sea lo mejor -, me dijo la Pastorcita la noche que los tres estábamos bajo el único bombillo que estrictamente iluminaba la mesa. La quedé viendo preocupado y confundido y en silencio y con sus labios, ella dibujó "Gilma" en un momento en el que Nicho no la veía,

- Si no quiere mejor no -, dijo Nicho, - Hay asuntos muy delicados se hablan solo con quien uno quiere hacerlo -, dijo y la conversación se fue para otro lado y esa fue la vez que Nicho le contó que era guerrillero y que andaba matando guardias porque cuando estaba en la cocina oí que la Pastorcita gritó,

- ¡No por Dios!-, y él le decía que ya era tarde que no podía abandonarlo pero que la amaba.

Cuando salí de la cocina y estuve en la puerta del comedor, vi que los dos lloraban tomados de sus manos y con sus cabezas juntas, yo no quería salir pero cuando me acerqué, no sé qué cara tendría porque la Pastorcita me abrazó mientras seguía llorando y me apretaba fuerte con sus brazos mientras ponía mi cara en su cuello y con el calor que sentí que le salía, había empezado a sudar a chorros y sus lágrimas revueltas con el sudor me caían en la nuca y me sentí pegajoso y un olor raro que no conocía llegó a mi nariz, que quien sabe si era olor a miedo o a dolor pero sí me di cuenta que era algo grave lo que pasaba, que era un grave asunto de viejos y que no debía estar allí porque diatiro tampoco me iba a poner a llorar frente a ellos.

Pero algo me pasó porque en un arranque me desprendí de su abrazo y salí corriendo a la calle, corrí en la oscuridad y hasta que todavía asustado y casi sin respiración, llegué a la esquina iluminada de amarillo triste de la vieja casa de barro donde nació Rubén Darío, me senté en las piedras blancas de su acera necesitado de recuperar aliento, de que se me apaciguara el corazón y tal vez queriendo entender lo que con ellos estaba pasando y cuando vi que Nicho no había salido detrás, me recordé que en las casa vacías espantan y que en esa casa solo estaba la cama de cuero en la que seguramente Rubén se orinaba porque tenía un hoyo en el medio, sentí miedo pero me armé de valor y me decidí a correr en la oscuridad las tres cuadras que faltaban para llegar a mi casa y esa noche

casi no dormí pensando en lo que había oído y en la clase de la mañana, en la que nos quedábamos viendo con la Pastorcita, allí sí le pude entender toda esa su tristeza que ya adentro no le cabía.

Me agradaba que Nicho me dijera que era su amigo, me dolía el miedo que atrapaba a la Pastorcita y me emocionaba que la Gilma me mirara y me sonriera pero sobre todo, me llenaba de orgullo tener esos secretos conmigo y a la noche soñaba que besaba a la Gilma en la boca, que Nicho me llevaba a sus guerrillas a las que íbamos a caballo y que yo llevaba en mis manos el rifle de hules que habíamos hecho con Tano Pérez pero también tenía pesadillas en las que soñaba que los guardias llevaban a Nicho colgado de pies manos por el pueblo, solo que ya iba muerto y que cuando la Pastorcita lo miraba también caía muerta.

Fue por culpa de Andrés que pasó lo que pasó porque él me fue a traer a la casa la tarde que me dijo que la Gilma iba a estar en el palco con sus primas, él pago las entradas al cine Darío y él me sentó a su lado y yo no sabía qué hacer hasta que a la mitad de la película saqué valor, le agarré la mano y ella se dejó, no nos vimos las caras pero cada vez que le daba un apretoncito ella me contestaba con otro, hasta que tuve soltarla porque teníamos las manos adoloridas, pegajosas y lisas de tanto sudor y el Andrés al otro lado que me acosaba el oído,

- Besála baboso, pendejo besála, a la puta con vos, aprovechá idiota, no seás comemierda, iella quiere! -, y me empujaba hacia ella hasta que no aguanté la emoción y otra cosa que sentía entre las piernas y me levanté y me fui a mi casa y al otro día por la mañana que salía para el colegio, la Gilma venía sobre la calle, me puse a su lado y cuando estuvimos al centro de la plaza frente a la iglesia y debajo de la cruz de piedra, me atreví a tomar su mano pero ella se volvió y me azotó una cachetada que me dejó sembrado en el mismo lugar del que sorprendido, no me moví durante bastante tiempo y ese día en vez de ir a clases, solo me fui a ver pasar el agua del río desde el puente, sentía ganas de llorar pero sólo caminé sin rumbo por las calles hasta que llegó el mediodía y me fui a mi casa a almorzar.

En el aula, toda la tarde la Gilma ya no me miró y Andrés me regañó,

- Sos un estúpido mano, para vos no hay remedio, burro, imbécil, te quise ayudar y sólo sos un idiota, un pendejo, ia la puta! ¿Cómo se te ocurrió tocarla? -,

- ¿Que qué? -, brinqué,

- ¡Que le tocaste las piernas y le querías tocar otra cosa, imbécil! -, me gritó,

- ¡Vos estás loco o ella es la loca! -, le dije, pero aunque la cachetada que la Gilma me había atizado hacía evidente que era cierto lo que Andrés decía, no me acordaba haber hecho eso y después pensé que tal vez había ocurrido una de las veces que se me había deslizado y perdido su mano y yo se la buscaba en la oscuridad y al amor perdido se me pegó la vergüenza y nunca tuve el valor de buscarla para disculparme y pedirle que volviera conmigo para que me quisiera de nuevo y Andrés cambió la película porque después de enojado, regó la bola que yo era un gran conquistador, que no tenía miedo de irme hasta el fondo con las mujeres y después de eso otras me miraban y me sonreían pero yo estaba ya seguro que nunca más me metería con otra porque quedé convencido que yo era un mula para esas cosas pero eso no me quitaba el dolor del afrentoso rechazo de la Gilma.

Esa noche que llevaba los libros de la Pastorcita, al solo llegar nos sentamos a la mesa.

- Se fue -, me dijo refiriéndose a Nicho.

- ¿Para dónde? -, pregunté.

- Nadie sabe -, me dijo y como estábamos sentados juntos, se inclinó y puso su cabeza contra la mía y allí se quedó hasta que creí que se había dormido, pero cuando se enderezó tenía la cara bañada en lágrimas y yo me puso a llorar pero no lloraba por ella como ella creía, sino por haber perdido a la Gilma y entonces me pidió perdón por llorar frente a mí y me dijo que era porque no tenía a nadie con quien hacerlo y cuando se dio cuenta que yo no paraba de llorar, le tuve que contar lo que había pasado y no me dijo nada, en silencio solo me sobaba la cabeza pero no logró convencerme para que le hablara para pedirle perdón y después éramos dos tristes candelas apagadas por saber lo que nos pasaba. Cuando nos mirábamos en la clase, supe que la Pastorcita había hablado con la Gilma porque ella me volvió a sonreír pero yo no quise volver a acercarme a ella y no lo hice nunca más, no podía, de veras que no podía.

En mi casa mi cuarto tenía pared a la calle. Me despertaban los borrachos nocturnos que amanecían y se orinaban en la acera, los perros que en manada se peleaban a tarascadas por alguna perra en celo y que ladraban y aullaban en la calle, los gallos que puestos de acuerdo, todos a la vez arrancaban a gritar para despertar al sol y los pasos de la beatas del pueblo que como susurrantes espantos negros, pasaban murmurando gueregueres, caminando apresuradas en la madrugada para la misa del calvario, todos esos ruidos siempre me despertaban y tres meses después, una noche en la que ni los perros ladraban, oí ruido en la calle y fui a la rendija de la ventana y eran seis guardias que iban golpeando a Nicho, quien caminaba en el centro de todos ellos con la manos

amarradas hacia atrás.

- ¡Cállese hijueputa! -, decían sin gritar a pesar del trapo con que le tapaban la boca y a pesar que yo estaba muerto de miedo, salí al patio y me subí al muro del zaguán desde donde se veía el patio y el corredor interno del cuartel.

En el corredor vi que a Nicho le golpearon la cabeza con un rifle grande, que caía al suelo y que lo arrastraban por el piso en donde su cuerpo iba dibujando una gruesa culebra negra que más parecía que era ella la que lo seguía, hasta que ya no pude ver más y el amanecer se me hizo largo, largo, le dije a mi madre que tenía que ayudar a mi maestra para llevar material al colegio y salí corriendo a las seis de la mañana y entre mi llanto que por fin logré destapar y las respiraciones del cansancio por la carrera, le conté lo que había visto en la noche y ella sin ruidos se deslizó hasta quedar sentada en el suelo pero por lo oscuro no le pude ver la cara ni la oí gritar ni llorar y al ratito se levantó y me llevó con la anciana madre de Nicho y me pidió que contara de nuevo lo que había visto.

Le pidieron que no se diera por sabida y que siguiera con su vida normal, se lo dijo el Doctor Narváez, el juez, el director de la escuela pública y los dos ricos del pueblo que acudieron al llamado de la madre de Nicho y quienes se presentaron al cuartel a exigir al comandante que se lo mostraran y mientras estábamos en clase, la gente se juntó en la plaza y ante la presión y con un papel que escribió el juez, se lo dieron a su madre hinchado por los golpes, con moretones de todos los colores por todos lados y con la vista y el control perdido, la prensa publicó fotos con un relato de lo que había pasado y al comandante lo corrieron de su puesto pero en el aula tuve la clase más triste del mundo porque a cada rato la Pastorcita se levantaba y se iba al baño y cuando le preguntaron por qué tenía rojos los ojos, decía que era por el desvelo y para variar el imbécil metiche del Andrés me preguntó si me había desvelado con ella porque yo también los tenía así, pero cada vez que la veía y nuestros ojos se encontraban, sentía horribles deseos de llorar por mi amigo Nicho y por ese llanto que yo sabía que la Pastorcita, a la fuerza tenía que mantener soterrado.

Y un sábado que barría el patio de la casa tocaron a la puerta y le avisaron a mi papá que lo buscaban.

- Soy el capitán Duarte el nuevo comandante, lo quería conocer -, le dijo muy educado él y mi papá cordial como siempre lo invitó a entrar y en el corredor interior de la casa se le sirvió una limonada - y que cuántos son en casa y que si no tiene hijos más mayores que ese chavalito que está allá que era yo - y miraba la pared de la calle y los ladrillos que contra él estaban apilados y pidió que le dieran permiso para subirse y desde allí se dio cuenta que se veía el patio y el corredor del cuartel pero no dijo nada y se quedó viendo el alto techo de los viejos establos, la bodega y la

leñera que cerraban el fondo de nuestro patio y después preguntó – que quién vivía detrás de nuestra casa y si tenían hijos hombres mayores - y después de tomarse otro vaso de limonada con hielo se fue muy afable y muy correcto el señor, asegurando a mi papá que lo visitaría otra vez pero con eso que dijo, a mí se me fue la vida y de inmediato me entró fiebre y tuve que quedarme en cama el resto del día y al día siguiente no fui a clases y llamaron al Doctor Narváez por que la fiebre me hacía hablar babosadas y algo me hizo tomar que hizo que me despertara hasta el medio día siguiente.

- Tenés que olvidar lo que viste -, me dijo el Doctor Narváez cuando salía de mi cuarto pero que yo supiera, nadie enseña para aprender a olvidar y nunca había conocido a nadie que lograra aprenderlo. Nunca volví a ver a Nicho, se lo llevaron al hospital de Matagalpa después a uno de Managua y después ya no supimos de él y una noche asustado, retiré mis manos de las manos de la Pastorcita porque creí que ella lo quería reponer conmigo y ella se dio cuenta y se rió divertida, se fue a la cocina y me trajo un vaso con jugo de naranja.

- Está lejos -, me dijo, - Ojala no vuelva, aquí no es seguro para él, siempre hay gente alrededor de esta casa, me vigilan -, me dijo.

- Jacinto, creo que no debiera de seguir viniendo aquí porque no quiero ponerlo en peligro, en el colegio podemos hablar todo lo que queramos -, y yo la entendí.

Sabía que otra vez se iba a quedar sola, pero a poco me repuso con una docena de mis compañeros que alegres entraban y salían de su casa a la que nunca más volví a entrar pero en la clase a veces sentía su mirada sobre mí y cuando la veía, la sonrisa triste de sus brillantes ojos me decían que ella estaba conmigo.

Y un día Darío amaneció alterado con el ambiente cargado de preocupadas noticias porque la radio vociferaba entre músicas como de marchas que sonaban a gran volumen entre cada párrafo de locutor que decía que en las montañas entre Matagalpa y Jinotega, en estos momentos se estaba librando un fiero combate entre la gloriosa guardia nacional y unos cochinos delincuentes subversivos que quería instalar el comunismo en el país, que se sabía de muertos entre los dos bandos pero que no podían decir nada hasta después que el vocero de la presidencia lo hiciera y cuando llegamos a la clase a mí me reventaba el corazón en el pecho, la Pastorcita se dio cuenta de mi palidez y ante todos me pidió que le llevara mi cuaderno de tareas, lo abrió, pasó varias páginas y me lo regresó.

- Tranquilo, está lejos de allí -, decía el papelito que sin darme cuenta había escrito y puesto entre mi cuaderno.

Y cometí otro error producto del alivio y de la alegría cuando en mi emoción desbordada le lancé un beso con los dedos y el estúpido y siempre metiche del mierda del Andrés lo descubrió y se quedó pálido al ver la tenue sonrisa que nuestra maestra me había regresado y me quedó viendo con los ojos pelados tan abiertos como platos y no pudo decir nada más que,

- ¡Vos, por la gran puta! ¿Qué fue eso? -, y la Pastorcita se dio cuenta.

- Andrés, venga -, le dijo y cuando llegó a su escritorio, nos dijo a todos.

- La mejor tarea presentada el día de hoy ha sido la de Andrés -

Y le dio un beso en la mejilla al felicitarlo y Andrés, chaparrito, pelirrojo y pecoso, blancuzco como la Gilma, se puso morado y cuando llegó al pupitre y pudo hablar,

- ¿Los dos somos sus novios, verdad? -, me dijo el muy pendejo cuando se sentó a mi lado.

Al día siguiente cuando la Pastorcita abrió la puerta de su casa para ir al colegio, había un cadáver envuelto en una sábana blanca ensangrentada "**¿Lo querías no? aquí te lo entregamos**", decía la cruel nota pegada a la improvisada mortaja.

Nunca pude recordar cuándo ni cómo le conté lo que sabía a mi papá, solo recuerdo haber llegado con él a Managua una madrugada y que allí empezó mi otra vida con mi tía en un barrio de la periferia de la ciudad, hasta que muchos, muchos años después, regresé a Darío que ya era otro lugar diferente al que había vivido, fui al parque, me senté en una banca y le sonreí a mi niñez dejando que mi vista viera el recuerdo del cuartel, la vieja escuela pública al norte y la torre de la iglesia construida por el padre Carlo Santi al este.

Todas las calles ahora estaban adoquinadas y pensé que nadie me creería si les contara que el lindo parque de ahora, en aquel entonces era una enmontada plaza de tierra llena de burros que pastaban con libertad y que impúdicos, con sus grandes miembros en ristre, hacían rebuznar de dolor a las burras cuando las montaban frente a todos nosotros que entre ellos, pasábamos para ir a nuestro católico colegio.

No me había dado cuenta del vejete de largo pelo blanco que se había sentado a mi lado y que ahora al quitarse el sombrero, se secaba el sudor de la frente mientras decía buenos días y entre las manchas negras en las que se habían convertido la pecas de su niñez, reconocí a Andrés.

- Maldito, estúpido, desalmado, muertodehambre, pendejo diente quebrado -, le dije y reconociéndome más por lo que había dicho que por

mi aspecto,

- ¡Por la gran puta sos vos! -, atinó a decir y a su vez prosiguió diciendo la procaz y desbocada letanía de nuestra niñez que creíamos que nos hacía adultos,

- Idiota, maldito, desgraciado, estúpido, imbécil, tarado, comemierda, ¡Qué alegría de verte todavía vivo cabrón! ¡Por la gran puta, qué alegría! -, me dijo y emocionadísimos nos pusimos de pie y nos quedamos abrazados por un largo rato y después de saber que era viudo, que había regresado a vivir su retiro a Darío y que yo le contara que vivía fuera del país me preguntó,

- ¿Sabés quien vive aquí todavía? -

- ¡La Pastorcita! -, le dije de inmediato,

- ¿Querés que te lleve con ella? -, volvió a preguntar y tras un momento le dije que no.

Estaba seguro que vestiría de negro y que sería una de las beatas que entre los ladridos de los perros, espantaban en el pueblo al recorrerlo ronroneando rosarios en la oscuridad de la madrugada para llegar a la misa de las cinco a la Ermita del Calvario.

**Álvaro Amaya G. Guatemala, C.A.**

**Subido a [www.megustaescribir.com](http://www.megustaescribir.com) el 15 de Diciembre de 2017.  
Fotografía: Pixabay.**